







Tratado mínimo de Carlos Jurado



De cajas mágicas, espíritus malignos,  
estenopos, polvos de Taltor, alquimistas  
árabes, rinocerontes, vampiros, fusilamientos  
y cañones de fragatas

Gerardo Montiel Klint



PÁGINAS 26-27 *Muchacha en estudio*, 1973. Col. SINAFO-FN-INAH

PÁGINA ANTERIOR *Sin título*, 1998. Col. SINAFO-FN-INAH

*Los alquimistas esperan que el trabajo experimental en su laboratorio les abra una puerta sobre lo invisible (Andrea Aromatico, Alquimia, el secreto entre la ciencia y la filosofía).*

*Para Chichai y Carlos, con profundo cariño.*

**CORPUS** (Cuerpo). A mediados de la década de 1990 asisto a una exposición de Carlos Jurado, decano y leyenda de la fotografía experimental de los años setenta. Ante mí las imágenes y las hasta entonces *cámaras mito* inventadas por el mismo autor: panorámicas, angulares sin deformación, obturadores giratorios, con tres objetivos y de 360 grados entre otras, y todos estos fabulosos sistemas realizados en cartón se encuentran resguardados en capelos, como las joyas de la corona. Por fin puedo estar frente a impresiones de época de un imaginario único, atmósferas cautivantes, el cuerpo como hilo conductor, imágenes evocadoras de una belleza sublime; la aparente sencillez catapultó mi asombro y entusiasmo ocasionando una hiperventilación que pocas veces he vuelto a experimentar. Para alguien que empezaba a hacer fotografía, la experiencia es toda una revelación. Me acerco a José Antonio Rodríguez, curador de la exposición, para felicitarlo y rendirme como súbdito incondicional de esas imágenes y de botepronto me comenta que el maestro Jurado se encuentra en la sala y se ofrece a presentármelo. Quedo atónito y me sonrojo terriblemente por mi ignorancia, ya que estaba convencido de que Carlos Jurado había fallecido hacía décadas (¿!?) Cuando estreché su mano, aún perplejo de tenerlo frente a mí, sentí seguramente lo que un aprendiz experimentaba al conocer al maestro alquimista, develando un universo de posibilidades y conocimientos.



*Manzana, Xalapa, 1975. Col. SINAFO-FN-INAH*

**ANIMA MUNDI** (Espíritu de la naturaleza). Mientras daba clases de química fotográfica y hablaba acerca de los riesgos, toxicidad e implicaciones de ciertos químicos para la salud, e imponía mis reglas de seguridad sumamente estrictas para el uso del laboratorio fotográfico, los alumnos de la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma de Morelos, alarmados y desconcertados, me aseguraban que había un profesor de fotografía en la misma facultad, quien de manera habitual mojaba su dedos con químicos contenidos en las charolas del proceso de revelado en blanco y negro para degustarlos con la punta de la lengua y el paladar, para así poder diferenciar entre el revelador y el fijador, ya que no etiquetaba sus contenedores de almacenamiento. Y no sólo eso, sino que también comprobaba si alguno de los químicos habría que remplazarlo o si aun “aguantaba otro poco” a partir del sabor y gusto de los mismos. No daba crédito a lo que escuchaba y al pedir que me dijeran el nombre del demente que hacía eso me quedé estupefacto: Carlos Jurado. Aprendí así de mi rigidez, del no cuestionar e incorporar una actitud libre y ensoñadora hacía todo aquello que constriñe al individuo, y hace estrecho nuestro entendimiento sobre nosotros mismos y más aún al espíritu creador, porque adentrarse en lo desconocido trae consigo sus propios conocimientos. Su lección: hacer del laboratorio un lugar mágico, un lugar de anécdotas que hiciera volver mis pasos hacia la primera vez, cuando en la penumbra rojiza de mi incursión en un laboratorio fotográfico apareció en una charola como una revelación mística aquella imagen latente que unos segundos antes era una superficie blanca y anodina, y me quedó prendida por siempre o, como diría Carlos, haciendo que el corazón me palpitara.





*Autorretrato con cámaras, 1973. Col. SINAFO-FN-INAH*

**DESTIALTIO** (Proceso físico y psíquico que permite descartar lo superfluo y quedarnos con lo esencial). Las imágenes de Jurado no dependen de un estenopo, una cámara oscura o un proceso químico. Esto aún no lo entienden quienes pretenden encontrar una voz propia a partir del solo hecho de construir una cámara estenopeica y apuntarla hacia un bodegón, un paisaje, un cuerpo o hacia sí mismos. Los alquimistas entendían la *transmutación* como el procedimiento iniciático mediante el cual se conjunta la materia sobre la que se opera y sobre el alma del operario, también conocida como la *ciencia de la llave* porque abría los misterios de la creación. Las imágenes de Jurado provienen del *pulso de la vida*: de su curiosidad por el mundo, del no estar conforme con la inmediatez, de sus conjuros hacia un mundo fantástico donde la resina de Baltur o los polvos de Taltor resultan tan fascinantes como sus relatos. En una tarde con Jurado, quien es un narrador hipnotizante, se puede ir de las risas desencajadas al imaginarlo en Xalapa, señalado como un vampiro volador por unos dementes teporochos —que al verlo brincar entre charcos con su paraguas a medio abrir y enfundado en su gabardina, cubrían sus cuellos y hacían la señal de la cruz para alejarlo— al romanticismo de imaginarlo heroicamente como guardia al lado de una batería antiaérea durante toda la noche, al lado de los revolucionarios cubanos que esperaban el inminente contraataque e invasión imperialista yanqui a la isla. A la angustia de recordar cómo estuvo a punto de ser fusilado en una cárcel guatemalteca, lo que no quebrantó jamás su espíritu. O al asombro de escuchar su historia, que aún le incomoda, acerca de cómo tuvo que ejecutar la orden de tirar un cañonazo desde una fragata de guerra para terminar con el tiroteo y vida de el *Chinto*, quien se había parapetado en la azotea del hotel Colonial en el puerto de Manzanillo, después de haber despachado con su escuadra y magnífica puntería a algunos policías, militares y civiles por un lío de faldas. Con su compañía y amena plática, Carlos ha logrado que vuelos tediosos de 11 horas se conviertan en instantes conmovedores, o que noches largas e insoportablemente calurosas en Yucatán sean como un respiro arrebatador.



*Caballito, Puerto de Veracruz, 1982. Col. SINAFO-FN-INAH*

**SCALA LAPIDIS** (Camino ascendente hacia la piedra filosofal). En el siglo XV, mientras España dejaba el medioevo para entrar en la edad moderna, se comisionó al capitán Juan de Olid, paladín del rey, al frente de un grupo aguerrido de ballesteros para que iniciara una expedición dramática en el África negra más profunda. La misión secreta era en favor del monarca Enrique IV, *El Impotente*, quien necesitaba polvo de cuerno de un unicornio para aumentar su virilidad como rey y terminar así con su desgracia. Juan de Olid regresó con el cuerno del unicornio a una España totalmente transformada veinte años después de iniciada su misión, en la que perdió a todos sus hombres y una de sus extremidades. Su salud estaba totalmente quebrantada después de combates, accidentes y desgracias en esa tierra inhóspita y abandonada por Dios. El rey hacía mucho que había fallecido, pero existió el rumor de que en su lugar de entierro Juan de Olid depositó el fruto de su misión: el cuerno del unicornio. Los siglos pasaron y un grupo de científicos descubrió la tumba de Enrique IV, y al hacer un análisis de los objetos encontrados que rodeaban al rey descubrieron un objeto singular: un cuerno de rinoceronte. De ahí vienen añejos debates, confusiones y escepticismo con respecto a la veracidad de la existencia de los unicornios como seres reales, como quedó asentado en la célebre entrevista de Jonas Spaulding al afamado Dr. Landescu, en la revista *Golden Bird* durante el Congreso Internacional de Zoólogos de Budapest en 1913. Pero es un hecho que los unicornios existieron, y fueron de diferentes tipos: el unicornio real, de carácter noble y fina estampa; el extremadamente brioso unicornio del Sur, el elegante unicornio azul, el pequeñísimo unicornio de Catay, o el unicornio de Baltur, de quien su cuerno —según Adojuhr, el alquimista árabe del siglo XI— era el más preciado y a la vez más apropiado para hacer cajas mágicas con las cuales se practicaba el arte de la aprehensión de imágenes. Este cuerno era utilizado por Adojuhr para hacer el finísimo orificio de sus cajas mágicas, que ahora podríamos equiparar con el estenopo u orificio realizado con un alfiler muy fino de las cámaras de cartón como las que construye Carlos Jurado para proyectar una imagen sobre película, papel fotosensible o soporte emulsionado que se convertiría en una imagen fidedigna de lo que estaba frente a dicha cámara. Y cualquier teórico, crítico o estudioso de la imagen que se digne de ser serio no dudará en afirmar que con su arte Adojuhr sentó las bases para lo que hoy conocemos como fotografía. De ahí que no podamos dudar de la existencia de los unicornios en tiempos muy remotos, porque a ciencia cierta sabemos que con la tecnología que existía en el siglo XI era imposible fabricar algo parecido a un alfiler de precisión para hacer esos finos orificios de los que dependía el arte de Adojuhr, al realizar sus pergaminos emulsionados por medio de cajas mágicas. El siquiera insinuar que los orificios de Adojuhr eran realizados con algo parecido a un alfiler es completamente descabellado, y lo afirmo sin temor a ser cuestionado.



*El viejo futbolista*, Nueva Zelanda, 1998. Col. SINAFO-FN-INAH

**SPIRITUS** (Intelecto). El hombre moderno y racional quiere entenderlo y comprobarlo todo... Ésa es su desdicha y su insatisfacción que lo ata al mundo terrenal y mundano. Como un imposible, todavía hay quien piensa que la búsqueda emprendida por los alquimistas consistía en encontrar el elixir de la vida o, peor aún, la piedra filosofal, para así lograr la compleja y secreta transmutación del plomo en oro alquímico. Reyes, nobles, sabios y plebeyos perdieron la cordura, su entereza y a veces la vida misma al estar ciegamente convencidos de que una vez conociendo el secreto de la trasmutación, con todo el oro obtenido adquirirían reinos, comarcas, invencibilidad y admiración. Los verdaderos alquimistas, aquellos de alma incorruptible, sabían que la transmutación no era otra cosa que un mensaje críptico para la conversión y cambio de un ser en otro, de una cosa en otra, de la debilidad en fuerza, de la corporeidad en espiritualidad. Para ellos las ideas eran imágenes primeras, fuerzas impulsoras, representaciones que tenían su asiento en el espíritu humano, el reflejo de sí mismos. ¿Pero qué era transformarse en sí mismo? Para ellos sólo podría alcanzar la verdadera sabiduría quien penetrara en lo más hondo de su ser... La verdadera piedra filosofal era el individuo transformado, aquél de espiritualidad sincrética y contemplativa. Si muchos aún dudan de la autenticidad de Zóximo el Panoplita, de Adojuhr, de la Tabla Esmeralda, de Hermes Trimegisto, o de que Fulcanelli fuera el último de los alquimistas, al menos yo me considero un iniciado y adepto a las enseñanzas del alquimista Carlos Jurado.

**Los experimentos de Adojuhr, a pesar de la reserva con la que se efectuaban, habían trascendido hasta los círculos del poder donde no eran aceptados. En parte por envidia de eruditos muy cercanos al monarca o bien por suponer que tales actividades atentaban contra la religión, se empezaron a mover los resortes que finalmente condujeron al desenlace esperado. Pero antes de que esto aconteciera ya en un ambiente de inseguridad y presiones, Adojuhr comprendió que debía de tomar alguna medida de protección y decidió hacer un largo viaje, que felizmente lo llevó a realizar el descubrimiento que adelante detallaremos [...].**



**Instalado en Sevilla se sabe que Adojuhr se tornó muy reservado. Existe posterior constancia de que pasaba gran parte del tiempo preparando filtros de cristal y tiñendo resinas para aplicarlas a sus cajas mágicas y lograr imágenes coloreadas. No hay datos que indiquen que consiguiera algo al respecto, mas supongamos que sí, por el contenido de una postrera nota que de él se conoce: “La aprehensión de las imágenes en sus colores naturales, es básicamente un acto de magia, mediante el cual, dichos colores que se encuentran suspendidos en el éter, son transferidos a las estampas, con el fin de que las cosas que éstas representan, adquieran su apariencia verdadera.”**

**Aquí terminan las descripciones de Adojuhr. Su trágico destino ha sido ya consignado anteriormente.**

**Pasaron los siglos y por fin surgieron los hombres que pudieron atrapar el arcoiris.**





*Autorretrato del siglo xx, 1979, técnica mixta. Col. del autor.*

**Durante cerca de siete meses, en 1968 Carlos Jurado estuvo recluido como preso político en la cárcel de Pavón en Guatemala. Los testimonios que a continuación siguen —el artículo de Rosario Castellanos y una carta enviada por su padre— dan cuenta de ello. Gracias a Chichai y a las gestiones diplomáticas, a la de amigos y artistas, Carlos Jurado se salvó de ser llevado al paredón de fusilamiento.**